

Rudolf Steiner

**LA FORMACIÓN DE LA
COMUNIDAD ANTROPOSÓFICA**

El “despertar” por el contacto humano anímico-espiritual
Anthroposophische Gemeinschaftsbildung, 1923



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Antroposofía”

LA FORMACIÓN DE LA COMUNIDAD ANTROPOSÓFICA

El “despertar” por el contacto humano anímico-espiritual,

**Conferencia pronunciada en el Goethenaum
Dornach (Suiza) el 3 de marzo de 1923**

Después de haberles relatado (en la conferencia anterior) lo tratado en Stuttgart (en la Asamblea de los Delegados) voy a dar ahora el contenido de mis conferencias pronunciadas en tal oportunidad, para agregar en la próxima conferencia algunos aspectos más sobre el tema en cuestión. *(N. del T. Con lo expuesto en esta conferencia del 3 de Marzo de 1923, se explican suficientemente, en forma concentrada, las condiciones fundamentales para realizar una comunidad antroposófica).*

El motivo de la primera conferencia en la Asamblea de los Delegados ha de buscarse en un determinado anhelo, esto es, en el deseo de contemplar las condiciones de formar la comunidad a que se aspira. La formación de comunidades humanas dentro del movimiento antroposófico es ciertamente una cuestión a la cual últimamente se ha dado mucha importancia, dentro de nuestra Sociedad Antroposófica. En esta Sociedad principalmente habían entrado muchos hombres jóvenes, pero también otros de mayor edad, todos habían entrado en la Sociedad Antroposófica con el manifiesto anhelo de encontrar en la misma a otros hombres con quienes en cierto modo podrían hallar lo que al individuo no le puede dar la vida dentro del orden social del presente. Con esto se alude a un anhelo bien comprensible, de muchos hombres de nuestro tiempo.

Debido al haber llegado la época de la conciencia humana despierta, los antiguos vínculos sociales han perdido su fuerza y su contenido puramente humanos. En todos los tiempos el hombre ha formado parte de una especie de comunidad; no entró en una vida solitaria, sino en alguna forma de comunidad, formando parte de una familia, de una agrupación profesional o de posición social, y en los últimos tiempos entró en la llamada sociedad de clases y otras uniones. Todas estas comunidades siempre han sido portadoras

de algo que el hombre como individuo no puede realizar. Como uno de los vínculos más fuertes en la vida social de los tiempos modernos se ha engendrado la comunidad de clase.

Partiendo de las antiguas formaciones sociales, de las agrupaciones según la posición social, de comunidades étnicas, e incluso de las comunidades de raza, surgieron las comunidades de clase; y esto encontró finalmente su expresión en que hubo cierta concordancia dentro de la llamada alta sociedad, de la aristocracia, de la clase burguesa y después del proletariado. De este modo surgieron las comunidades de distintas clases sociales, que se extendieron a través de las nacionalidades y hasta sobre las particularidades racistas, etc. Mucho de lo que actualmente existe en toda la vida social internacional, tiene su origen en semejantes agrupaciones de distintas clases sociales.

Por otra parte, en la época más reciente se ha manifestado en las almas humanas, con cierta vehemencia, con cierta fuerza interior, el período del alma consciente, el que por cierto ya había venido anunciándose cada vez más desde el principio del siglo XV. No cabe duda de que dentro de las agrupaciones de clase los hombres también se dan cuenta de que ya no pueden alcanzar lo que necesitan para superar lo meramente individual. Por un lado el hombre de nuestro tiempo tiene un fuerte sentimiento de individualidad, de modo que tiende a rechazar lo que de alguna manera le restringe lo individual de su sentir y pensar. Quiere sentirse como personalidad. Si puedo servirme nuevamente de la expresión ya empleada en la conferencia anterior: desde el fin del Kali Yuga, esto es, desde el principio de este siglo, vive en las almas humanas, por más vagamente que sea, algo que encuentra su expresión en las palabras: yo quisiera ser una personalidad circunscripta a mí mismo. Ciertamente, muchos no saben formularlo, pero se trata de algo que se pone de manifiesto en toda clase de descontentos e inconstancias de la vida anímica, lo que en el fondo reside en que se quiere ser una personalidad circunscripta a sí misma.

No obstante, en la vida terrenal el hombre no puede desenvolverse sin los demás. Los vínculos históricos y entre ellos la comunidad proletaria, no nos dan lo que al mismo tiempo satisfaga el anhelo de personalidad, uniendo a la vez el hombre con el hombre. En nuestro tiempo el hombre quisiera unirse con los demás a través de lo puramente humano; en cierto modo quisiera tener vínculos sociales, pero éstos deberían tener el carácter individual parecido a la amistad personal.

Infinitamente mucho de lo que en la vida del presente tiene lugar entre

los hombres, se debe al anhelo de tales comunidades humanas. Este anhelo de comunidad humana se evidenció con especial intensidad, cuando, hace algún tiempo, un grupo de personalidades jóvenes me consultaron con respecto a la idea de realizar algo así como una renovación del cristianismo. Ellas partieron de la creencia que tal renovación del cristianismo sólo es posible realizar vivificando el impulso crístico de tal manera como se permite realizarlo sobre la base de la antroposofía. Como resultado de este anhelo de teólogos jóvenes que en parte se hallaban al fin de sus estudios teológicos para poder asumir la profesión pastoral, surgió lo que, por decirlo así, se ha realizado como la más reciente fundación a través de la Sociedad Antroposófica: el “movimiento para la renovación religiosa”.

Se entiende que con respecto a este movimiento para la renovación religiosa se presentan diversas tareas. Ante todo se trataba de vivificar el impulso crístico en la forma como en el presente se lo puede hacer. Para ello era necesario tomar verdaderamente en serio lo que muchas veces he destacado, esto es, que el Cristo no solamente habló a las almas humanas en el comienzo de la evolución cristiana, sino que ha hecho verdad lo que se expresa en las palabras: “Estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos”. Esto significa que se le puede oír, cada vez que un alma le quiere oír, y que por lo tanto tiene lugar una constante revelación de Cristo. Por esta razón se debió pasar de las revelaciones escritas de los Evangelios a las revelaciones directas y vivientes del impulso de Cristo. En ello consiste un aspecto de las tareas de la renovación religiosa.

Pero el otro aspecto era aquel al que entonces inmediatamente tuve que caracterizar, diciendo: Hay que tener presente que una renovación religiosa tiene que conducir a formar comunidades, comunidades religiosas. Como individuo el hombre puede dedicarse al conocimiento, si primero lo ha recibido por medio de la comunidad. Pero el sentimiento religioso de la realidad inmediata del mundo espiritual como un mundo divino, este sentimiento, no tanto a través del pensar, sino más bien en el ánimo, sólo se puede desarrollar por la formación de la comunidad. A raíz de ello agregué que el saneamiento de la vida religiosa debe surgir a través de una sana formación de comunidades.

En el primer momento fueron personalidades teológico-evangélicas quienes emprendieron el movimiento para la renovación religiosa. A ellas se les podía hacer recordar que en los tiempos modernos precisamente las confesiones evangélicas se inclinaron cada vez más a destacar la práctica de la predicación, dejando atrás lo cultural. Pero la predicación atomiza las

comunidades. La prédica que con la tarea de basarse en el conocimiento del mundo divino, conduce a que cada individuo se forme su opinión particular, lo que encontró su expresión en que en el tiempo moderno lo más discutido ha sido el credo, y que en cierto modo cada uno pretendía tener su propio credo. Se ha producido el atomizar, la destrucción de la comunidad y la dedicación a lo religioso de cada uno individualmente.

Pero esto conduciría paso a paso a la disolución del orden social en cuanto a lo anímico, si no se diera nuevamente la posibilidad de formar verdaderamente una comunidad. He dicho que la verdadera formación de comunidad sólo se puede realizar a través de un culto, el que realmente esté basado en las revelaciones del mundo espiritual en nuestro tiempo. En este sentido ha sido creado el culto que se practica en el movimiento para la renovación religiosa. Este culto tiene absolutamente en cuenta la evolución histórica de la humanidad, y por esta razón lleva en sí en muchas de sus particularidades, lo mismo que en su totalidad, una continuación de lo histórico. Pero en todos sus aspectos contiene también lo proveniente de lo que sólo en nuestro tiempo se puede recibir del mundo espiritual como revelación para la conciencia suprasensible.

El culto crea el enlace recíproco de las personas que dentro del mismo se reúnen. El culto va creando comunidades. Y en el curso de las discusiones el Dr. Rittelmeyer ha dicho con toda razón que precisamente por el elemento creativo de comunidad, propio del culto, el movimiento para la renovación religiosa se constituye en un fuerte, o quizás el más intenso peligro para la Sociedad Antroposófica. ¿A qué aludió con estas palabras?. Se ha referido a que en el presente, como ya lo he dicho, muchos hombres se aproximan a la Sociedad Antroposófica con la tendencia a poder vincularse con otros en el sentido de la libre formación de comunidad, y como dicha vida en comunidad se puede encontrar por el matiz religioso del culto, aquellos hombres que tienen el anhelo de la vida en comunidad, por de pronto han de satisfacerlo dentro del movimiento para la renovación religiosa. Y por esta razón, para no tener que contar con dicho peligro, la Sociedad Antroposófica también tendrá que hacer esfuerzos por cultivar un elemento creativo de comunidad.

Con lo precedente se ha llamado la atención sobre algo que justamente por la más reciente fase de nuestra Sociedad Antroposófica es de singular importancia. Se ha señalado la necesidad de que los antropósofos lleguen a reconocer lo esencial de la formación de comunidad. Hay que contestar a la pregunta si la formación de comunidad que se realiza en la renovación religiosa es la única posible en el presente, o si dentro de la Sociedad

Antroposófica existe otra posibilidad de formar comunidad. Naturalmente, sólo se podrá contestar a esta pregunta si se examina un tanto la naturaleza de la formación de comunidad. En el hombre de nuestro tiempo existe no solamente aquella tendencia a la formación de comunidad que se puede satisfacer por el culto. Esta última existe, pero no es la única, pues existe además otra clase de deseo de formar comunidad. Esto quiere decir que para cualquier individualidad es posible tomar en consideración las dos clases de anhelo de formar una comunidad, las que en el presente existen en todo hombre, de modo que el elemento formativo de comunidad existe no solamente en el movimiento para la renovación religiosa, sino igualmente en la Sociedad Antroposófica.

Cuando se habla sobre algo determinado, sin duda es necesario expresarlo en forma de ideas. Pero lo que ahora voy a formular en ideas, en realidad existe en los sentimientos de la humanidad del presente. Para la buena comprensión hay que presentar las cosas mediante ideas, pero lo que ahora voy a expresar es algo que existe en el sentir del hombre de nuestra época.

La primera categoría de formar comunidad, esto es la que inmediatamente al comienzo de nuestra vida terrenal nos acoge como lo más natural, sin que comúnmente se reflexione, o que viva en el sentimiento, es la comunidad del lenguaje. Desde la niñez aprendemos el lenguaje, y un especial elemento formativo de comunidad reside por cierto en la lengua materna, puesto que la misma aparece y es acogida por el niño en el período en que el cuerpo etéreo todavía se halla en la organización humana de un modo no separado y no diferenciado. Esto hace que la lengua materna quede intensamente conexas con toda la naturaleza humana. Pero el lenguaje es un elemento que se extiende sobre grupos humanos como algo común de todos. Por el lenguaje común los hombres forman una unidad. Y si se tiene en cuenta lo que frecuentemente he expresado, esto es, que en el lenguaje efectivamente se halla incorporado un Ser espiritual; que el genio del idioma no es simplemente la abstracción de los eruditos del presente, sino un verdadero Ser espiritual, se podrá sentir que la comunidad del lenguaje se basa en que los hombres que se comunican entre sí por el mismo idioma, sienten el obrar del genio real del lenguaje dentro del ámbito de reunirse. En cierto modo se sienten entonces bajo las alas de una real entidad espiritual. Y esto tiene lugar en toda formación de comunidad.

Cualquier formación de comunidad tiene por base el que entre los que se unen en la misma, obra una esencialidad espiritual superior que en cierto modo descende de mundos espirituales para unir los hombres. Pero

singularmente, digamos, podemos además encontrar otro hecho más el que en el más eminente sentido puede aparecer en una agrupación humana como un elemento formativo de comunidad. El lenguaje común une los hombres porque lo que uno dice puede vivir en el otro; es decir que a un mismo tiempo puede vivir algo común en una cantidad de personas. Pero representémonos una vez lo que sigue. Un cierto número de personas que vivieron juntos durante la infancia y el primer tiempo escolar, vuelven a encontrarse debido a alguna causa — lo que ciertamente podría suceder, y frecuentemente ha sucedido —, después de treinta años. A la edad entre cuarenta y cincuenta años, como un pequeño grupo, dentro del cual cada uno con otro, durante la infancia, había estado en el mismo colegio, en la misma comarca, pasan ahora a conversar sobre lo vivido conjuntamente en su infancia y adolescencia. Esto despierta en ellos algo particular, un sentimiento que en tal momento aparece como una comunidad bien distinta de la producida por el lenguaje. Cuando un grupo de hombres que habla el mismo idioma, al encontrarse forma una unidad precisamente por el mutuo entendimiento de las almas mediante el lenguaje, tal unirse es algo relativamente superficial, en comparación con aquel otro que tiene lugar cuando en el profundo centro del alma uno se impresiona por el estar viviendo recuerdos comunes. A cada palabra se le da un matiz, un tinte especial por el hecho de recordar la niñez y la adolescencia vividas conjuntamente, pues lo que en los momentos de semejante unidad une el hombre con el hombre, ejerce un efecto en lo más hondo del alma, y cada uno se siente ligado, mediante órganos más profundos, a lo que vive en tal encuentro.

¿En qué se está unido?. Se está unido en recuerdos, en aquello que conjuntamente se ha vivido hace tiempo. Uno se siente trasladado a un mundo que ya no existe, un mundo en que se ha vivido en comunidad con aquellos con quienes ahora se está reunido. Esto sólo es válido para las condiciones terrenas, y sólo para ilustrar. Pero con ello se ilustra precisamente la naturaleza del culto, pues podemos preguntar: ¿A qué se aspira en el culto?. El culto, ya sea que se exprese a través de palabras, o bien mediante actos, reproduce en el mundo físico-sensible, en otro sentido que aquello que tenemos en lo exteriormente circundante, algo que es reflejo inmediato del mundo espiritual, del mundo suprasensible. Ciertamente, cada planta, cada suceso de la naturaleza exterior es reflejo de lo espiritual, pero no de un modo tan inmediato como aquello que se revela en un culto ceremonial, o mediante una palabra de culto expresada de la justa manera, pues con ello se expresa directamente el mundo suprasensible, por la palabra o el acto. El culto consiste

precisamente en que en el mundo sensible se expresan palabras en tal forma que el mundo suprasensible está realmente presente en su esencialidad, consiste en que se ejecutan actos de tal característica que en los mismos están presentes las fuerzas del mundo suprasensible. En un culto ceremonial tiene lugar algo que no solamente significa lo que por el mismo se celebra, según lo que se percibe exteriormente con los ojos, sino que a través de las fuerzas físicas comunes obra algo que ciertamente son fuerzas espirituales. Se realiza un acontecer suprasensible en su reflejo sensible.

Esto quiere decir que por el hablar y actuar sensible el hombre está directamente unido con el mundo espiritual. Podemos decir que en el genuino culto el mundo que por la palabra y la acción en cierto modo se trae al mundo sensible, corresponde a aquel del que el hombre ha descendido de la vida prenatal. Así como tres, cuatro o cinco personas que vivieron conjuntamente durante la infancia, al encontrarse a la edad de cuarenta o cincuenta años, se sienten trasladados al mundo de la infancia, así también, quien juntamente con otros presencia un verdadero culto, se siente trasladado — sin saberlo, pues permanece en lo subconsciente, pero debido a ello penetra tanto más en su sentir — al mundo en que ellos conjuntamente estuvieron antes de haber descendido a la tierra. El culto realmente se forma así que el hombre en verdad experimenta algo que por cierto es recordación, es imagen de lo que en la existencia prenatal, o sea, antes de haber descendido a la tierra, él ha vivido. Quienes pertenecen a una comunidad cultural sienten así en un más alto grado aquello que para más claridad he descrito con respecto a recuerdos en común de la vida infantil: se sienten trasladados al mundo suprasensible por el cual ellos han pasado conjuntamente. En ello consiste lo que liga a los hombres de una comunidad cultural, y siempre ha sido así. Cuando se trata de una vida religiosa que no debe atomizar, quiere decir que no debe considerar la predicación sino el culto como lo esencial, este último ciertamente conduce a la verdadera formación de comunidad. Y la vida religiosa no tiene fundamento sin la formación de comunidad. La comunidad que de la referida manera es una comunidad del recuerdo, con relación a lo suprasensible, es, por lo tanto, también una comunidad del sacramento.

Pero no es posible que esa forma de la comunidad del sacramento, es decir de la comunidad del culto, siga conservando inalterablemente dicha forma para el hombre moderno. No hay duda que para muchos todavía continuará así en el presente; pero la comunidad del culto no tendrá verdaderamente su valor, ante todo no alcanzaría su justo objetivo, si permaneciera meramente una comunidad del recuerdo de la vida

suprasensible. Por esta razón apareció cada vez más el deseo de agregar al culto la prédica; sólo que en la configuración de la prédica como apareció en el tiempo moderno en las comunidades evangélicas, se ha hecho lo atomizante tan intenso, porque no se han tomado en consideración los deseos reales del desarrollo del alma consciente. La prédica de las iglesias del pasado tenía su base absolutamente en las necesidades de la cuarta época post-atlante, pues en las confesiones de tiempos pasados la prédica se basaba en el concepto del mundo de la época del alma racional. El hombre moderno ya no lo comprende adecuadamente. Debido a ello las confesiones protestantes pasaron a emplear la exposición basada más bien en la opinión humana, en el conocimiento de la época de la clara conciencia humana. Por un lado, esto se justifica plenamente; por el otro, todavía no se ha encontrado la correcta forma correspondiente. No cabe duda de que la prédica dentro del culto es algo apartado del culto, pues desde el ámbito del culto tiende hacia el conocimiento. Pero esto se toma muy poco en cuenta en la forma que la prédica ha adoptado en el curso de la evolución de la humanidad. Basta con que les recuerde algo para que lo verifiquen. Si de las prédicas de nuestro tiempo no se toman en consideración las que no se basan en algún texto bíblico, se verá que resta muy poco. En las prédicas de los domingos o en las motivadas por algo especial, siempre se parte de un texto de la Biblia, precisamente porque se niega la espontánea revelación viviente, la que también en el presente se puede recibir. Pero siempre se parte de lo histórico. Se busca ciertamente la prédica individual, pero no se han encontrado las condiciones pertinentes, de modo que la prédica adquiere el aspecto de la mera opinión humana individual. Y esto atomiza.

Ahora bien, si el movimiento para la renovación religiosa, que en lo esencial se basa en lo que le llega de la antroposofía, toma en cuenta el hecho de la continua revelación, quiere decir, la viviente experiencia espiritual que se recibe del mundo suprasensible, verá que justamente su prédica le conduce a comprender que necesita algo distinto, esto es, necesita la fuente de la que fluye el continuo viviente conocimiento del mundo espiritual. Necesita, por lo tanto, la ciencia espiritual antroposófica. Quisiera decir: la prédica siempre será la ventana por la que el movimiento para la renovación religiosa tendrá que acoger lo que le debe dar la constante y viviente Sociedad Antroposófica. Pero para ello es preciso lo que ya he expresado en la última conferencia en el edificio del Goetheanum, (*N. del T. Conferencia pronunciada el 31 de diciembre de 1922 – la noche del incendio -, la última en el libro “La comunión espiritual de la humanidad”*), refiriéndome a la renovación religiosa: para que pueda crecer el movimiento para la renovación religiosa,

tiene que existir a su lado, la viviente Sociedad Antroposófica, quiere decir, la intensa vida de la antroposofía, por el trabajo de sus miembros. El movimiento para la renovación religiosa pronto quedaría sin la fuente que le da su contenido, si a su lado no tuviera un cierto número de hombres — no es preciso que sean todos, pero sí un cierto número de personalidades — en quienes verdaderamente vive el conocimiento antroposófico.

Pero como ya les he dicho, son muchos los que llegan a la Sociedad Antroposófica y que no solamente buscan el conocimiento antroposófico en abstracto, sino que en ella, por un anhelo de los hombres de la época de conciencia, también quieren tener la formación de comunidad. Se podrá decir que la Sociedad Antroposófica igualmente podría practicar un culto. Ciertamente, lo podría hacer, pero esto pertenece ahora a otro campo. En primer lugar voy a hablar de la específica formación de comunidad antroposófica. En la vida humana del presente todavía existe por cierto algo diferente de lo que para la comunidad humana puede basarse en un común recuerdo de lo vivido en el mundo suprasensible antes de la-vida terrenal. Existe lo que ahora se debe experimentar precisamente en la forma correspondiente a la época de conciencia. Al respecto es necesario hablar de algo que con respecto al hombre moderno la mayoría aún no lo toma en consideración. Es cierto que en todos los tiempos se ha hablado de idealismo, pero cuando en el presente se habla del idealismo, éste es en general, incluso en los bien intencionados, nada más que simplemente frase. Pues en nuestra época donde en la muy extendida civilización surgieron en forma particularmente intensa las fuerzas y los elementos intelectuales, falta la comprensión general del hombre en su totalidad. Como anhelo tal comprensión existe sin duda especialmente en la juventud actual. Pero precisamente la falta de precisión con que esa comprensión aparece en la juventud del presente, nos muestra que en las almas humanas de nuestro tiempo vive algo que no ha llegado a la claridad, que aún no se ha diferenciado y que, si se diferencia, sigue siendo ingenuo.

Téngase presente lo que sigue. Si nos remontamos a tiempos cuando en la humanidad se extendieron corrientes religiosas, veremos que en tiempos pasados de la evolución histórica de la humanidad, una u otra anunciación desde el mundo espiritual fueron acogidas por muchos hombres con enorme entusiasmo. No sería posible que las confesiones religiosas actualmente existentes pudiesen dar sostén a los hombres, si en el momento de su anunciación no hubiera existido, mucho más que ahora, una profunda afinidad de las almas con algo que se anunció desde el mundo espiritual. Observando a

los hombres del presente, es inimaginable pensar que ellos podrían impresionarse tan profundamente como los de tiempos pasados por la anunciación de verdades religiosas. Es cierto que en el presente todavía se fundan sectas; pero en comparación con el ardor con que almas humanas acogieron anunciaciones del pasado, tales fundaciones de sectas tienen un carácter pedantesco. No existe el íntimo calor de las almas para acoger lo espiritual. Es más, este calor se ha disminuido rápidamente en el último tercio del siglo XIX. Si bien, debido a la insatisfacción, todavía puede haber hombres que prestan atención a esto o aquello, y hasta llegan a cierta confesión, aquel calor positivo que antes había en las almas humanas y que únicamente ha hecho posible acoger lo espiritual con todas las fuerzas del propio ser humano se ha perdido, dejando lugar a cierta frialdad, la que también se manifiesta en las almas humanas, cuando en el presente hablan de ideales y de idealismo. Lo más importante en nuestro tiempo es en realidad algo que en el fondo todavía tardará mucho en realizarse, algo que por mucho tiempo no será más que esperanza, pero que, como esperanza, vive ya en el presente en enormemente muchos hombres. Lo voy a caracterizar de la siguiente manera.

Consideremos los dos estados de conciencia, generalmente bien conocidos: el hombre soñante, y el hombre de la conciencia despierta diurna. ¿Qué sucede en el hombre soñante?. En el hombre durmiente, sin ensueños, sucede lo mismo, puesto que dormir sin soñar, solamente significa que los sueños son apagados, que no se los advierte. Repito pues ¿Qué sucede en el hombre soñante?.

El vive en el mundo de las imágenes de sus sueños de tal moque este mundo de los sueños a veces es más llamativo, conmoviéndole en el fondo del alma más intensamente, por cierto, que lo cotidiano que se experimenta con la conciencia despierta diurna. Pero se lo vive como individuo aislado. Dos personas pueden dormir en la misma habitación, pero en su conciencia onírica tendrán dos mundos totalmente distintos. No los viven en común, sino cada uno su mundo propio; a lo sumo pueden contarse el contenido mutuamente.

Al despertar de la conciencia onírica a la conciencia común diurna, el hombre percibe por medio de sus sentidos los mismos objetos que el otro que está a su lado. Aparece un mundo que les es común. Al pasar de la conciencia de los sueños a la conciencia despierta diurna, el hombre despierta entrando en un mundo común. Podemos preguntar: ¿Qué es lo que al hombre le hace despertar de la conciencia soñante a la clara conciencia diurna?. La luz, el ruido, el mundo circundante — y a este respecto tampoco los otros hombres se

exceptúan — le hacen despertar a la conciencia común diurna. Del ensueño se despierta por el contacto con lo natural del otro hombre, por su lenguaje, por lo que él dice, etc., por el modo de cómo sus pensamientos y sentimientos se expresan a través de sus palabras. Se despierta por lo que naturalmente vive en el otro hombre común; quiere decir que el mundo natural circundante nos hace despertar a la conciencia común diurna. En todas las épocas del pasado era así que de la conciencia onírica el hombre despertaba a la conciencia clara diurna por el contacto con el mundo natural circundante, y éste era al mismo tiempo el portal por el que — si lo hacía — él penetraba en lo suprasensible.

A este respecto entró un elemento nuevo en la vida humana con el despertar y el desarrollarse del alma consciente, pues ahora tiene que haber un segundo despertarse, y éste aparecerá cada vez más como un deseo de la humanidad. Se trata del despertarse por el contacto con el alma y el espíritu del otro hombre. En la vida diurna común es así que sólo se despierta por el contacto con la naturaleza del prójimo; pero el hombre que por el obrar de la época de conciencia ha llegado a ser independiente, personal, quiere despertarse por el contacto con el alma y el espíritu del otro hombre. Efectivamente, quiere despertarse por el contacto con el alma y el espíritu del otro hombre, quiere encontrarse con él de tal manera que en su alma propia el otro causa un toque, un llamamiento, como con respecto a la vida soñante lo producen desde afuera, la luz, el ruido, etc.

Desde el principio del siglo XX este deseo se manifiesta en forma elemental y se hará cada vez más intenso. En todo el curso del siglo XX, no obstante su naturaleza totalmente caótica y tumultuosa que reinará en toda la civilización, surgirá el deseo, aparecerá el deseo de que por el contacto con otro hombre se quiere despertar en más alto grado de lo que por la influencia del mundo natural circundante se puede despertar. La vida soñante se despierta, por la influencia del mundo natural circundante, al estado de vigilia de la vida diurna. Esta última despierta, por el contacto con el alma y el espíritu del otro hombre, a una conciencia superior. El hombre debe llegar a ser más para el hombre de lo que antes siempre ha sido; debe convertirse en un ser despertante. Los hombres tienen que conocerse y acercarse mutuamente mucho más de lo que hasta ahora habían tenido contacto: cada uno que tiene contacto con otro debe hacerse un ser despertante. Para ello los hombres modernos que ahora entraron en la vida terrenal, han acumulado demasiado karma como para no sentir su propio destino unido, cada uno con aquel con quien como otro hombre llega a encontrarse en la vida. En épocas anteriores las almas eran más “jóvenes” (de menos encarnaciones) y tenían menos

vínculos kármicos. Pero ahora se da la necesidad que el hombre no solamente despierte por la influencia de la naturaleza, sino por el contacto con los hombres con quienes se está unido por el karma, a los cuales se quiere buscar.

Vemos pues que aparte del deseo de recordar la patria suprasensible, deseo que se puede satisfacer por el culto, existe el otro que consiste en dejarse despertar a lo espiritual-animico por el contacto con el otro hombre. Y el impulso que surge del sentimiento es aquel del idealismo moderno. Cuando el ideal deja de ser puramente abstracto, cuando volverá a arraigarse vivazmente en lo anímico-espiritual humano, adoptará la forma de decirse: quiero despertar por el contacto con el otro hombre.

Esto es en el fondo el sentimiento indefinido, que en la juventud del presente se forma: quiero despertar por el contacto con el otro hombre. Esto es al mismo tiempo lo que especialmente como una vida en comunidad se puede cultivar en la Sociedad Antroposófica, lo que de la manera más natural en ella aparece. Pues, cuando se une un grupo de personas con el fin de vivir conjuntamente en lo que por la antroposofía puede revelarse del mundo suprasensible, tal experiencia en un grupo de personas es algo distinto de lo vivido en forma solitaria. El despertar por el contacto con el alma del otro, en el momento de estar reunidos, crea una atmósfera, la que por cierto no conduce al mundo suprasensible, tal como se lo describe en el libro “¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?”, pero la que ciertamente facilita la comprensión de las ideas sobre el mundo suprasensible, como las transmite la ciencia espiritual antroposófica.

Si se encuentran hombres que con idealismo se juntan en un grupo, y quienes, ya sea por la lectura en voz alta, o bien en otra forma, se comunican mutuamente lo que es el contenido de la antroposofía, se produce un bien determinado entendimiento. Precisamente a través del común ahondarse en lo suprasensible se despiertan mutuamente de la manera más intensa, las almas humanas: el alma se despierta hacia una mayor comprensión, y cuando existe tal ánimo, se genera algo que hace descender sobre los hombres unidos en el mutuo comunicarse y el común estudio de las ideas antroposóficas, un verdadero Ser común. Así como en el lenguaje vive el genio lingüístico, bajo cuyas alas en cierto modo viven los hombres, así también ellos viven bajo las alas de un Ser superior, cuando con el justo espíritu idealista se ahondan en las ideas antroposóficas. ¿Qué es lo que entonces tiene lugar?

Pues bien, si aquí (dibujo en el pizarrón) se halla el nivel en el que el mundo suprasensible se divide del mundo sensible, resulta que en el culto tenemos los sucesos y las esencialidades del mundo superior (arriba); en el

culto, en la palabra y en el acto del culto los tenemos también proyectados en el mundo físico (abajo). En cambio, en la rama antroposófica, en aquello que en el grupo antroposófico se vive en el mundo físico, por la fuerza del verdadero idealismo que se espiritualiza, lo tenemos transmitido hacia arriba, al mundo espiritual. Por el culto se trae lo suprasensible, en palabras y por el acto, hacia abajo al mundo físico. Por la rama antroposófica se transmiten hacia arriba, al mundo suprasensible, los pensamientos y sentimientos del grupo de antropósofos. Y cuando por el justo espíritu (**Gesinnung**) se vive en una agrupación humana el contenido antroposófico, despertándose las almas por su contacto mutuo, estas almas humanas efectivamente se elevan a la comunidad en espíritu (**Geistgemeinschaft**). Pero es preciso que tal conciencia exista verdaderamente; y si existe y si en la Sociedad Antroposófica aparecen semejantes grupos, entonces tenemos, si cabe expresarlo así, en este culto invertido, en el otro polo del culto, un elemento formativo de comunidad en el sentido más eminente. Metafóricamente se podría decir: la comunidad religiosa, por medio de su culto, trata de inducir a los Ángeles celestiales a que desciendan al lugar en que se profesa el culto, a fin de estar entre los hombres; la agrupación antroposófica a su vez trata de elevar las almas humanas al mundo suprasensible, a fin de estar entre los Ángeles. He aquí el elemento formativo de comunidad en ambas congregaciones. Pero si la antroposofía ha de ser para el hombre algo que realmente le conduce al mundo suprasensible, es preciso que no sea ni teoría, ni abstracción. Entonces no basta con que se hable de seres espirituales, sino que se deben buscar las más inmediatas oportunidades para estar unido con seres espirituales. El trabajo de un grupo antroposófico consiste no meramente en que los hombres hablen sobre ideas antroposóficas, sino que ellos se sientan reunidos de tal manera que las almas humanas se despiertan por el contacto mutuo y que los hombres son trasladados a lo alto del mundo espiritual, de modo que realmente se encuentran entre seres espirituales, aunque quizás sin visión. Si no existe en la visión puede ser realidad en el íntimo sentimiento. Así tenemos lo fortaleciente que puede emanar de los grupos que dentro de la Sociedad Antroposófica se han creado con la adecuada formación de comunidad. Es ciertamente necesario que aquello que en la Sociedad Antroposófica realmente existe, se generalice cada vez más, pues se trata de lo que no han podido encontrar los nuevos miembros en los últimos años. En realidad lo han buscado, pero sin encontrarlo. A lo sumo se les ha dicho: si quieres ser un verdadero antropósofo, debes creer en la existencia del cuerpo etéreo, en la reencarnación, y lo demás.

Muchas veces he dicho que un libro, como por ejemplo mi “Teosofía” se puede leer de dos distintas maneras. Se lo puede leer como sigue: el ser humano se compone del cuerpo físico, el cuerpo etéreo, el cuerpo astral, etc., él pasa por vidas terrenales repetidas y tiene su karma, quiere decir que se toma nota de conceptos. Se trata por cierto de otros conceptos que en otros campos, pero en ciertas circunstancias el proceso espiritual que tiene lugar puede ser exactamente el mismo que cuando se lee un libro de cocina. He dicho precisamente que se trata del proceso espiritual, no de acoger ideas. Si se lee: échese manteca en una cacerola, agréguese harina y huevos, revolviendo la masa, esto es lo mismo que leer: existe la sustancia física, fuerzas etéreas y astrales, mezcladas. Como proceso anímico no hace ninguna diferencia, si se tiene manteca, grasa, huevos, harina, todo mezclado, o si para el ser humano nos imaginamos cuerpo físico, etéreo, astral, mezclados. Pero también es posible leer la “Teosofía” de tal manera que se sabe: este libro contiene conceptos que con el mundo de conceptos comunes de lo físico se relacionan como el mundo de conceptos de lo físico con el mundo de los ensueños. Estos conceptos pertenecen a un mundo para el cual hay que despertar del mundo físico común, al igual que del mundo de los sueños para el mundo físico. Es el íntimo sentimiento (*Gesinnung*) con que se lee y que da a lo leído el justo colorido. Y para el hombre del presente este íntimo sentimiento se toma vivaz, según los medios que se empleen. Otros medios más los que el hombre puede distinguir por sí mismo, se describen en mi libro “¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?”. Pero para el hombre moderno, totalmente aislado de la visión del mundo superior, es necesario la fase transitoria de poder despertar, por el contacto con lo anímico-espiritual del otro hombre, para el unirse con el mundo espiritual, así como de la vida de sueños, por la luz, los ruidos y lo demás, despierta a la conciencia del mundo físico.

Para ello es preciso adquirir la comprensión. Es necesario llegar a la comprensión para lo que en la Sociedad Antroposófica la antroposofía debe ser: debe ser un sendero del espíritu, y si ella es un sendero del espíritu, también se obtendrá la formación de comunidad. Pero la antroposofía efectivamente se debe realizar en la vida. Esto es una necesidad, y mediante un ejemplo fácil de hallar les puedo ilustrar que se trata de una necesidad. Después de muchas reuniones de círculos pequeños y grandes en Stuttgart, estuve una vez reunido con la juventud académica. Primero también se hablaba sobre cómo mejor se puede proceder para que la Sociedad Antroposófica adquiriera la forma adecuada, para que todo se realice bien, etc.

Pero al cabo de cierto tiempo la conversación había entrado en el problema antroposófico como tal, porque los estudiantes (varones y mujeres) tenían el deseo de preguntar: ¿Cómo debemos estudiar en el futuro, cómo hay que hacer las tesis doctorales, etc.?. No se podía contestar en forma exterior, sino que había que penetrar directamente en la antroposofía. Dicho de otro modo, se había empezado con lo filisteo y ya se entraba en lo antroposófico y su aplicación práctica: ¿Cómo hacer una disertación, cómo estudiar química, etc., si se es antropósofo?. La antroposofía se evidenció como algo real para la vida, por el hecho de que la conversación de por sí entraba en ella.

Se trata precisamente de que la antroposofía no debe existir únicamente como abstracción. Naturalmente, también se puede proceder de tal manera que se convoca a una reunión con el fin de deliberar sobre la cuestión: ¿Cómo se debe constituir la Sociedad? y luego sigue como segundo punto una conversación sobre antroposofía. Pero esto sería un procedimiento exterior, mientras que yo me refiero a un impulso interior que consiste en que a raíz de las necesidades cotidianas se exige hacer las cosas de un modo antroposófico. Justamente por la experiencia de que, al hablar sobre la constitución de la Sociedad Antroposófica se llegaba — necesariamente, por el desarrollo orgánico interior — a tener que explicar cómo con respecto al desarrollo embrionario ha de pensar el científico pedante por un lado, y el antropósofo, por el otro, se evidencia el impulso viviente de la antroposofía. De ello se trata precisamente, no de una contabilidad doble, donde por una parte se fundan exteriormente una “Sociedad Antroposófica” y una “Confederación para la vida espiritual libre” y lo demás, sino que en verdad se realice lo viviente, sin que se llegue a ser un hombre abstracto y teórico, y sin que artificialmente siempre se haga referencia a lo antroposófico, diciendo: en lo antroposófico el hombre tiene que encontrarse con el hombre, etc. Tales abstracciones no deben ser lo que importa, sino que lo concretamente antroposófico debe conducir a la consideración del tema respectivo, y entonces no se llega a decir: esto es antroposófico, o no antroposófico, antes bien, ni hace falta expresar la palabra antroposofía. Porque también es necesario que no se recurra al fanatismo de la palabra.

Lo siguiente no ha sido algo meramente exterior. En el último Congreso en Viena (junio de 1922) he pronunciado doce conferencias sobre los más diversos temas, y me había propuesto no expresar ni una sola vez la palabra antroposofía, durante las doce conferencias; y lo he cumplido, de modo que en las doce conferencias de Viena no se podrá encontrar la palabra “antroposofía”, ni tampoco “antroposófico”. Para dar otro ejemplo: se puede

Rudolf Steiner – La Formación de la Comunidad Antroposófica

llegar a conocer a otro hombre, sin que se tenga interés en saber si su apellido es Pérez, o si él tiene este o aquel título, o algo parecido. Lo que importa será tomarle simplemente tal como él es. Si se toma la antroposofía como lo viviente que ella es, sin dar excesiva importancia a su nombre, esto será lo mejor en el presente.